

Pronto queda la choza llena de provisiones, se cierra la puerta y transpongo su umbral por última vez.

Estoy por fin embarcado... apenas puedo concebirlo... Lentamente vamos hacia fuera, nos separamos de la isla, cuyo negro picacho se eleva tan amenazador como siempre. No puedo quitar la vista de él. Naturalmente no era para afligirme aquel espectáculo, pero, sin embargo, sentía cierta tristeza y melancolía al ver desaparecer la isla de Paulet tras los hielos, quizá para siempre. ¡Había sido mi casa durante tiempos penosos!

CAPITULO XXXI (*)

Nuestro regreso en el «Uruguay»

Visita á la bahía de la Esperanza.—Expedición de socorro argentina.—Arribo á la isla de los Estados y á Santa Cruz.—Otra vez en el Río de la Plata.



ANTES que de modo irrevocable dejásemos las regiones antárticas, teníamos otro asunto de interés que arreglar. En la estación de invierno de la bahía de la Esperanza guardaba Andersson una importante colección de plantas fósiles y otras muestras geológicas, fruto todo de un largo y penoso trabajo.

Felizmente, la expedición argentina consideró de su incumbencia, no sólo salvarnos á nosotros, sino también todas nuestras colecciones, y en atención á ello atravesaba ahora el «Uruguay» nuevamente el estrecho del «Antártico». Con un tiempo magnífico pasamos á lo largo de la isla Dundée. Una vez más pudimos contemplar esta región, que la fuerza de la costumbre nos había hecho, sinó precisamente amable, cuando menos identificada con una parte de nuestra

(*) Este capítulo y el siguiente están escritos por Nordenskjöld.

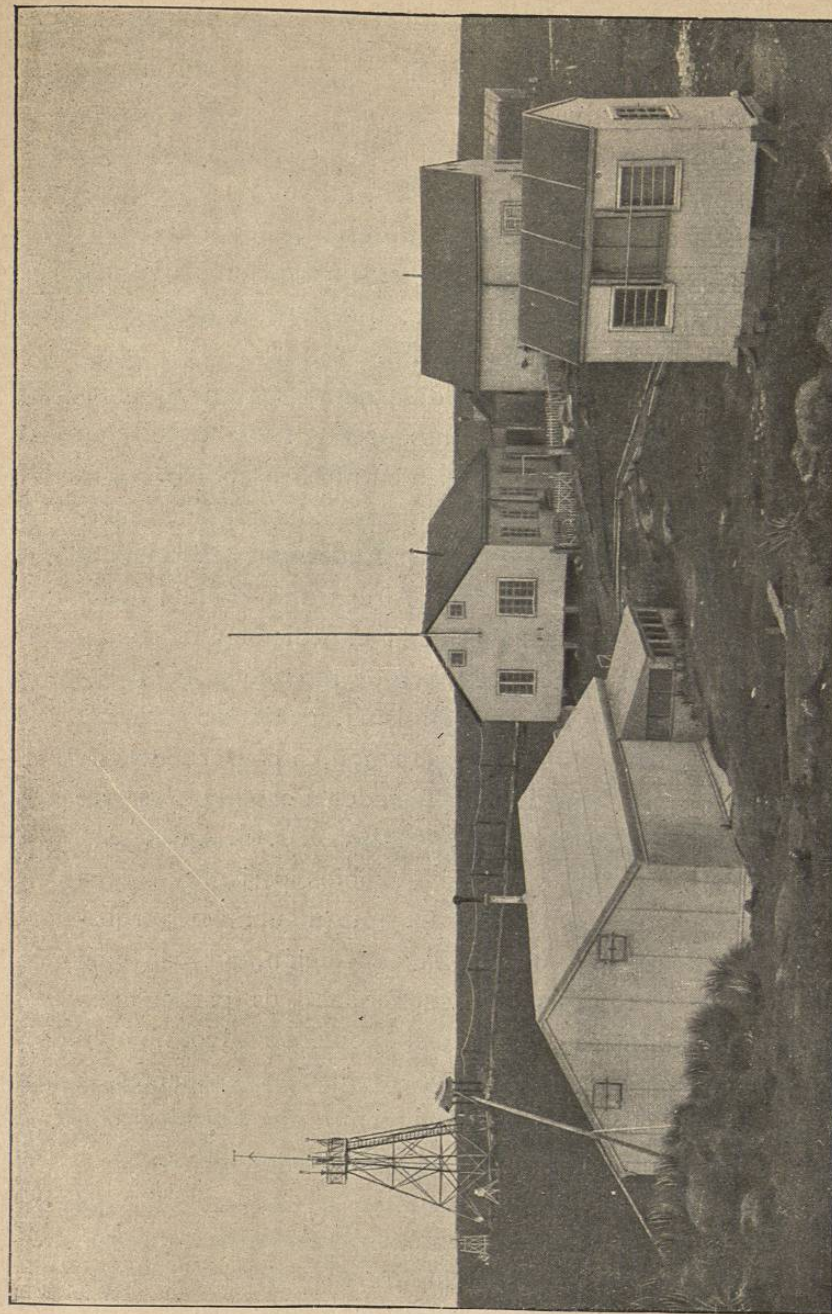
propia existencia. Entramos en el estrecho navegando junto á las islas que, en memoria de nuestros salvadores, les he puesto nombres argentinos: isla Irizar é isla Uruguay, y pasamos finalmente ante el golfo que representa mi primer recuerdo de la costa este del país.

El tiempo se tornó amenazador, y deseando el capitán del buque salir á mar libre tan pronto como fuese posible, únicamente J. G. Andersson y yo fuimos á tierra. Allí estaba la ya derruída choza de Gunnar y sus compañeros. Después de haber desaparecido el techo y el muro interior, apenas si se veía más que un simple montón de piedras; pero, aun en su estado actual, atestiguaba para el porvenir lo que el hombre había realizado en aquel rincón de la tierra. Millares de pájaros bobos chillaban y se revolvían allá arriba, probablemente celebrando con júbilo nuestra ausencia, que les hacía nuevamente dueños y señores de la región.

Las colecciones, que estaban ya empaquetadas, fueron pronto conducidas á la playa. Mientras el bote volvió á bordo con ellas y yo subí á la cumbre del cerro, empezaron Andersson y Grunden á remover con cuidado un lugar cubierto de nieve, bajo la cual había enterrados varios fardos grandes. La operación era difícil y no pudo terminarse. El tiempo convenido había pasado y tuvimos que volver al barco sin haber conseguido recuperar esta parte de las colecciones.

Ya se hacía de noche cuando saltamos otra vez sobre la cubierta del buque. Por fin, habíamos concluído el trabajo de dos años en las regiones del hielo y los tres días y medio de continua actividad que ponían fin memorable á este período.

Ahora podemos entregarnos todos con tranquilidad



Observatorio argentino en la isla de Año Nuevo.

al descanso hasta que llegue el momento de volver otra vez á la vida activa.

Podría dar término aquí al relato de nuestra expedición, pero como marco al cuadro, tal vez no estén desprovistas de interés nuestras impresiones del período que ahora sigue, de transición, si puede así denominarse una época tan distinta á la anterior, que apenas si hay con ella algún punto de comparación.

Es natural que nosotros deseáramos vivamente obtener toda clase de explicaciones acerca de la expedición sueca que había ido también en nuestro auxilio. Antes de dejar el «Antártico» por última vez las regiones habitadas, había enviado G. Gunnar Andersson á Suecia y al Consulado General en Buenos Aires, una comunicación dando á conocer los planes de la expedición é indicando que, si para el primero de mayo de 1903 no se había recibido noticia alguna de la misma, debía considerarse que había ocurrido un contratiempo. A consecuencia de esto y merced á los trabajos llevados á cabo por los profesores Nathorst, De Geer, Kolthoff, Dr. G. Andersson, ingeniero Lagelius y por mis propios parientes, el gobierno sueco presentó un proyecto, que una vez aprobado, ayudó á los gastos de la expedición, para la cual también se reunieron muchos donativos particulares. Aunque no fué ésta la expedición que nos salvó, no olvidaremos nunca por eso, ni yo ni mis acompañantes, la deuda de profundo agradecimiento que tenemos con todos los que contribuyeron á tan generosa idea.

Independiente de esta tentativa, el ilustre hombre de ciencia F. P. Moreno presentó en la Argentina un proyecto para que saliese de allí otra expedición, que también llegó á realizarse gracias á la influencia del ministro

de Marina, don Onofre Betbeder. Primeramente tuvieron idea de comprar en Noruega ó Escocia uno de los barcos especiales para los mares de hielo, pero no encontrando, en época tan avanzada, ninguno aceptable, resolvieron reparar para esta empresa el viejo cañonero «Uruguay». Semejante barco de hierro no era el más á propósito para navegar por los mares de hielo y forzar una capa de mediano grosor, pero nada de lo que podía conseguirse por dinero dejó de llevarse á cabo, y para decir verdad, después de la reparación, no había quedado casi nada de aquel barco viejo, en el cual, en noviembre de 1895, hice el viaje de Buenos Aires á la Tierra del Fuego. Como prueba innegable de la diferencia que existe cada año en el estado de los hielos del Sur—apenas sensible en los mares del Norte,—podemos consignar para el porvenir la notable experiencia de que, la misma región donde un año antes y durante las épocas de verano más á propósito, un barco como el «Antártico» había sido destrozado por el hielo, pudo cruzarla el «Uruguay» á principios del mes que en el hemisferio norte corresponde al de mayo, sin que la más mínima capa de hielo lo impidiese. Y sospecho que le hubiera sido posible avanzar hacia el sur un buen trecho más á lo largo de la costa.

Como jefe de la expedición fué llamado á su país el por entonces enviado naval en Inglaterra don Juan Irizar, oficial de la armada. Antes de emprender la vuelta hizo un viaje por Suecia y Noruega para aconsejarse de los exploradores polares de dichos países. El segundo era el capitán Hermelo, los demás oficiales los tenientes Jalour y Fliess, y como representante de Chile, el teniente Chandla Bannar. De médico iba el doctor Garro-

chategui, y como maquinistas don J. Bertodano y don G. Carminatti. La parte principal de la habilitación se procuró en Inglaterra, varias casas argentinas hicieron también importantes donativos, y trabajando sin tregua, quedaron listos para ponerse en camino hacia el mes de octubre. Por nuestra parte pudimos observar de un modo bien palpable que el equipo era abundante y de calidad superior.

Según convenio las expediciones sueca y argentina debían proceder de acuerdo, y con tal objeto esperaba la última á la primera en Ushuaia cuando menos hasta el 1.º de noviembre. Pero el buque sueco «Frithiof» se retrasó tanto en su viaje, que el 26 de octubre, día en que se remitieron los últimos telegramas de Punta Arenas á Ushuaia, no había llegado noticia alguna acerca del punto en que se encontraba, y como además el tiempo era favorable, no se consideró el capitán Irizar obligado á esperar más del tiempo convenido, lo cual era muy natural, si se tiene en cuenta la incertidumbre que abrigaban respecto á nuestra suerte y que había dado lugar á esta expedición. El excelente estado de los hielos, que no esperábamos, y más aun la oportuna llegada de Larsen el mismo día del arribo del «Uruguay» á nuestra estación, habían dado ocasión al capitán Irizar para diez días después de la salida de Ushuaia, tenernos á todos reunidos sobre cubierta de su buque.

Como era natural, tanto Irizar como sus compañeros podían mostrarse satisfechos por el feliz resultado de su empresa, y al hablar de esto debo hacer también presente la especial benevolencia con que se nos había recibido á bordo. Tenían preparados para todos nosotros trajes completos de invierno y todo lo que pudimos ne-

cesitar nos fué entregado de los equipos particulares de la oficialidad. Ya he dicho anteriormente que todos sacrificaron su comodidad por nosotros, nada omitieron de lo que pudiera hacer nuestra permanencia á bordo tan agradable como fuese posible, y con vivo reconocimiento puedo afirmar, que no he sido objeto nunca de mayor amabilidad y complacencia. Sin contar con que los recursos de á bordo eran mayores de los que una expedición de auxilio puede en general ofrecer, me atrevo á asegurar que ninguna otra semejante había conseguido en más alto grado hacernos creer que efectuábamos nuestro viaje de retorno en nuestro propio buque.

Una cuestión importante, que seguidamente debía decidirse, era el rumbo que tendríamos que tomar. Según las órdenes que llevaba la expedición, debía también, si era posible, tocar á su regreso en Ushuaia. Para nosotros no tenía tal escala ningún interés especial. Si hubiésemos poseído alguna noticia, bien particularmente ó por conducto de las autoridades acerca de los planes de la expedición sueca, habríamos sabido si existía posibilidad de encontrarnos allí con ella. De momento considerábamos lo más importante llegar tan pronto como fuese posible á un punto donde hubiera estación telegráfica para comunicar nuestro salvamento á los parientes y á la expedición sueca.



Andrea Karlsen.
Primer maquinista del «Antártico.»

Además, era también sumamente necesario para nosotros visitar el observatorio argentino de la isla de Año Nuevo con el fin de comparar nuestros instrumentos magnéticos con los que allí había instalados. Sin hacer este cotejo podía temerse que las observaciones que á costa de grandes sacrificios habíamos llevado á efecto perderían su valor, tanto más, cuanto que nosotros, por motivos que ya he dado á conocer antes, no recogimos el fruto de la visita al observatorio antes de efectuar el viaje hacia el sur.

Como el capitán Irizar también tenía vivos deseos de llegar á una estación telegráfica lo más pronto posible, en vez de entregarnos á las inseguras comunicaciones de Ushuaia, determinamos que, después de una ligera visita á la isla de Año Nuevo, nos dirigiríamos seguidamente á Santa Cruz, puerto de fácil acceso.

Habíamos pasado las islas Shetland del Sur y con éstas dejamos por fin las regiones antárticas tras de nosotros, pero aun nos perseguía el tiempo tempestuoso con el cual habíamos luchado tantas veces allá abajo. Nunca he viajado en ningún vapor tan propicio á moverse como el «Uruguay», y en un principio existía motivo para ello, porque había tempestad casi continua, con fuerte oleaje. Se comprenderá la violencia de la tormenta recordando que, tanto el palo mayor como el mastelero de proa se rompieron una noche, teniendo que cortar los marineros una buena parte de la cabuyería, á consecuencia de lo cual, parecía el «Uruguay» más bien un buque averiado que un soberbio vapor de expedición.

La navegación se hizo tan lenta en atención á todo esto, que hasta el 18 de noviembre no pudimos alcanzar las islas de los Estados. Bodman y Sobral saltaron á

tierra en la isla de Año Nuevo, mientras los demás continuamos con el buque hacia la isla principal, donde pensábamos buscar un punto á propósito para anclar en la ría de Cook y volver luego por los que habíamos dejado en tierra.

Aquí empezaban ya las separaciones pues dejaríamos los perros en la isla de Año Nuevo. Nos sentíamos satisfechos conduciéndolos embarcados en el «Uruguay», toda vez que hubiera resultado cruel tenerlos que matar en el último momento, cuando tan fielmente habían trabajado en nuestro servicio. Aunque nosotros los cedíamos al Estado Argentino, se consideró más conveniente dejarlos en el mencionado punto y tenerlos allí á mano para futuras expediciones. Según he sabido después, se llevó consigo alguno de ellos el Dr. Charcot durante su último viaje.

Como ya he dicho, no desembarqué en la isla de Año Nuevo, pues tan pronto como Bodman y Sobral volvieron, nos fuimos á la isla principal. No tardamos mucho en marcharnos de allí, pero la mayor parte de nosotros ya nos habíamos apresurado á aprovechar la oportunidad de poner los pies otra vez en tierra firme.

Nunca olvidaré la impresión que el hielo y la soledad de las regiones antárticas me causaron cuando por primera vez arribé á ellas cuatro días después de mi salida del sitio donde ahora nos encontramos. En estos momentos se repetía la tal impresión, pero en sentido contrario. La ría de Cook presenta soberbio aspecto con sus escarpadas montañas cubiertas de bosques por ambos lados, y sus altos picos de forma atrevida, sobre los cuales se ven aquí y allá algunas manchas de nieve. Una lengua de tierra, estrecha y baja, la separa de la bahía de Vancou-